

**“Quien guarda mi palabra no sabrá lo que es morir para siempre.”** (Juan 8, 51-59)

Ayer contemplábamos la asertividad de Jesús, que no escondía su propia verdad. La Palabra que hoy reflexionamos está en continuidad con esta puesta en escena de la profunda confrontación del mensaje y la vida de Jesús con quienes defendían la rigurosa interpretación oficial de la Ley mosaica.

Las acusaciones suben de tono. Le tratan de endemoniado, de ponerse por encima del mismo Abrahán y los profetas y terminan cogiendo piedras para apedrearlo. Jesús no calla. Promete vida eterna a quien guarde su palabra, ratifica su filiación divina y reafirma que en él se cumplen las promesas hechas a Abrahán: *“Vuestro padre Abrahán saltaba de gozo pensando ver mi día.”* Termina escondiéndose y saliendo del templo para evitar ser apedreado.

Podemos hacernos una composición de lugar e imaginarnos los hechos. Son momentos de mucha tensión, donde mantenerse fiel al mensaje puede tener consecuencias terribles. Seguramente los mismos discípulos estarían asustados, sopesando la conveniencia o no de mantenerse unidos a un maestro que les llevaba al borde de la persecución.

Jesús se mantiene firme, al tiempo que aclara el por qué: *“El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: Es nuestro Dios.”* No se trata por tanto de una búsqueda de protagonismo ni de gloria personal, sino de mantenerse fiel al Padre, hasta las últimas consecuencias.

Contemplamos la fortaleza, el amor a la verdad, la fidelidad, la conciencia de estar en las manos del Padre, la asertividad y resiliencia de Jesús que le permite sobreponerse ante el dramatismo que encierra una situación de persecución tan concreta y amenazante. El mismo Jesús afirmará que los discípulos no serán menos que el maestro. Dos mil años de cristianismo nos demuestran que la incomprensión, la falta de apoyo, la indiferencia y la persecución violenta, están muy presentes en aquellos que han adherido al proyecto evangélico.

Nuestra realidad institucional y personal tampoco se libra de esta dinámica. En pocas semanas celebraremos a nuestro Santo Fundador, quien vivió en su espíritu y en su cuerpo lo que significa la radicalidad evangélica. Ser cristianos, ser discípulos de Jesús, no significa ir en búsqueda de contradicciones o persecuciones. Ellas llegan solas, como consecuencia de una vivencia entusiasta y transparente de nuestra fe. Ante ellas no cabe victimismo alguno. El objetivo no es “ser apedreados” sino vivir, en todo momento, en sintonía con la voluntad del Padre.

Danilo Luis Farneda Calgaro

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

